

## EL TRISTE GALARDÓN DEL HEROÍSMO: CASTILNOVO (1539)

RESUMEN: Este trabajo da a conocer los nombres de los soldados españoles rescatados por Gianmaria Malvezzi, embajador de Fernando de Habsburgo ante Solimán el Magnífico. Discute la repercusión negativa en la opinión pública española de la desatención de Carlos V y de la Iglesia a los supervivientes de la defensa de Castilnovo, y revela que el patrón y propietario del bajel apresado por los turcos cuando llevaba munición a los sitiados era Nicolao Pogliazzi, de una familia noble de Corón.

PALABRAS CLAVE: Castilnovo, Gianmaria Malvezzi, Nicolao Pogliazzi, soldados españoles.

ABSTRACT: This paper reports the names of the Spanish soldiers rescued by Gianmaria Malvezzi, Ferdinand of Habsburg's ambassador before Suleiman the Magnificent. It discusses the negative impact on Spanish public opinion of the neglect of survivors of Castelnovo's defense by Charles V and the Church, and reveals that the skipper and owner of the vessel caught by the Turks when carrying ammunition to the besieged was Nicolao Pogliazzi, member of a noble family in Coron.

KEY WORDS: Castelnuovo, Gianmaria Malvezzi, Nicolao Pogliazzi, Spanish soldiers.

Una de las gestas más gloriosas, o más disparatadas según se mire, de la historia militar española es la defensa heroica de Castilnovo frente a un aplastante ejército turco veinte veces superior a la guarnición de la plaza que terminó con su casi total exterminio. Para un helenista el paralelismo

entre el sacrificio de los trescientos espartanos frente a Jerjes en las Termópilas y el de los 3.500 mil compatriotas frente a las huestes de Barbarroja, así como el parangón de Leónidas con el maestro de campo que mandaba el tercio sería perfecto, si no fuera por un detalle fundamental. El sacrificio de Leónidas y los suyos tuvo una clara finalidad: detener el avance del persa hacia la Grecia central y el Peloponeso, y dar un margen de tiempo a la evacuación de la población civil y a organizar la defensa conjunta contra el invasor. Por el contrario, no se sabe a ciencia cierta cuál fue el motivo del establecimiento en aquel paraje de una reducida base militar. El episodio ha sido varias veces abordado desde comienzos del pasado siglo, sobre todo por Manuel Fernández Álvarez, de cuyos excelentes trabajos de 1985 y 1999<sup>1</sup> me declaro deudor y a los cuales me remito en lo atinente a la presentación general de aquella triste proeza. Todo lo fundamental está ya dicho, pero quedan algunas cuestiones de detalle que en estas líneas pretendo aclarar. Valgan, pues, estas líneas de *pignus amicitiae* a mi buen amigo y antiguo colega, primero en la llamada antaño Universidad Central, y después en la de Salamanca.

Una de las operaciones que la malograda Santa Liga entre el Papado, Venecia, Austria y Carlos V llevó a cabo contra el turco tras el fracaso de la Preveza, fue la incursión por el Adriático de la flota al mando de Andrea Doria y la ocupación en la bahía de Kotor (italiano Cattaro), en la costa de Montenegro, de la fortaleza situada en lo alto de la ciudad, llamada por los lugareños Herzeg Novi o ‘Castillo Nuevo’, el Castilnovo o Castelnuovo de nuestras fuentes. Allí se dejó de guarnición en el verano de 1538, como cabeza de desembarco para hipotéticas operaciones, un contingente<sup>2</sup> de veteranos españoles (unos 3.500 en total) al mando del maestro de campo Francisco Sarmiento, con la promesa formal de Ferrante Gonzaga, virrey de Sicilia y general en jefe del ejército de la liga, de que se les prestaría socorro en caso de un ataque turco. Que el cumplimiento de su promesa le

---

<sup>1</sup> «La gesta de Castelnuovo», *Historia* 16, nº. 111, julio 1985, pp. 37-42; cf. el capítulo «Pugna con el Turco: el enclave de Herzeg Novi», en *Carlos V, el César y el Hombre*, Madrid, Espasa Calpe, 1999, pp. 576-584.

<sup>2</sup> Lo integraban seis banderas del tercio de Florencia, tres del de Lombardía, dos del de Nápoles, una del de Niza, y otras tres al mando de los capitanes Machín de Monguía, Zambrana y Pedro de Sotomayor, en total quince banderas, algo más de un tercio que constaba de doce. Se le dejó además una compañía de caballería ligera de griegos y albaneses, quince artilleros al mando de Juan de Urres, una fragata, una fusta, tres barcasas, víveres para cuatro meses y la paga de un mes en dineros a los soldados (M. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *o. c.*, 1999, p. 579).

parecía ya imposible a finales de año al propio virrey, lo demuestra el hecho de que enviara en diciembre a Gutierre de Cetina para informar a Carlos V sobre el estado de la liga y para sugerirle que entregara Castilnovo a los venecianos, que podrían defenderla mejor, o se invirtiera en su fortificación un mínimo de cincuenta mil ducados. Durante el verano y el otoño de dicho año, así como durante el invierno y la primavera de 1539 la tropa se dedicó a reparar lo indispensable en las defensas de la fortaleza y muy probablemente también a hacer pequeñas escaramuzas por los alrededores para aprovisionarse. Pero pronto se acabó la rutinaria y aburrida vida de guarnición, de vez en cuando interrumpida por esas cortas algaradas en los territorios circundantes.

El 15 de julio de 1539, Barbarroja, almirante a la sazón de Solimán el Magnífico, deseoso de desembarazarse de aquellos molestos huéspedes, se presentó ante Castilnovo con una armada de 130 galeras, 90 naves auxiliares y unos efectivos de 20.000 hombres de pelea, entre ellos 5.000 jenizaros, que por sí mismos ya superaban en número a los defensores de la plaza. Al propio tiempo, el sanjaco de Bosnia acudió desde tierra adentro con otros 30.000 soldados, con lo cual quedaba totalmente impedido por tierra y por mar cualquier intento de evasión o de comunicación con el exterior. Viéndolas venir, cuando la vanguardia turca se aproximaba a la plaza, Sarmiento envió el 14 de julio un correo a Ferrante Gonzaga, para recordarle su promesa de socorro, exponiéndole sus mínimas posibilidades de resistir un asedio por la escasez de agua, de provisiones, munición y pólvora en la plaza. Un bajel que traía munición desde Nápoles había sido apresado por los turcos y la situación se agravaba por momentos.

Pero su llamamiento no fue atendido. A punto ya de disolverse la liga, la escuadra española fondeada en Otranto era muy inferior en número a la turca para acudir en ayuda. Enfrentarse con el enemigo hubiera sido suicida, como le explica a Carlos V Andrea Doria en carta del 6 de agosto de 1539, excusándose probablemente por no haber hecho caso a los requerimientos de Ferrante Gonzaga<sup>3</sup>. Así que aquel puñado de españoles fue abandonado a su suerte, a punto de romperse ya la alianza que allí los retenía, aunque en la tropa el sentido el honor militar permanecía intacto.

En 23 de julio, una vez terminados los preparativos del asedio y emplazada su artillería, Barbarroja envió un ultimátum a Sarmiento proponiéndole rendir la plaza en muy honrosas condiciones: salida con banderas desplegadas, reembarco a cuenta suya de sus hombres hasta Nápoles, y 20

---

<sup>3</sup> Así lo estima M. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *o.c.*, 1985, p. 40.

ducados a cada uno de ellos. Sólo debían dejar *in situ* la artillería y las municiones. Sarmiento reunió a sus capitanes<sup>4</sup> y les comunicó la propuesta. Éstos a su vez se la transmitieron a sus oficiales y todos “resolvieron que querían morir en servicio de Dios y de su S. M.”. Los primeros asaltos turcos fueron rechazados gallardamente, de ahí que Barbarroja antes de lanzar el ataque definitivo decidiera batir el destartalado castillo alto con la artillería. Durante siete días la ciudadela recibió tan recio castigo que no quedó piedra sobre piedra. Muerta o maltrecha la mayor parte de la guarnición, el 7 de agosto se precipitó sobre los supervivientes la avalancha enemiga. Sarmiento con quinientos de los suyos se retiró en buen orden para organizar la resistencia en el castillo de abajo que defendía el puerto, donde se había refugiado la población, mas no pudieron entrar por encontrarse el portalón atrancado. Se le propuso al maestre izarle desde una ventana, pero rechazó el ofrecimiento y espoleando su caballo arremetió contra la masa de los jenizaros y en ella desapareció sin dejar rastro. El resto de los suyos peleando con bravura “espaldas contra espaldas”<sup>5</sup> fue en su mayor parte aniquilado.

Tan sólo un puñado de hombres logró escapar con vida. Entre ellos, los cabos de escuadra Juan de Alcaraz y Francisco de Tapia de la compañía del capitán Vizcaíno, muerto en el combate, cuyo relato de los hechos ante el virrey de Nápoles fue pronto difundido. El resto, unos doscientos, en su mayor parte malparados o malheridos, fue llevado en cautiverio a Constantinopla. Veinticinco de ellos<sup>6</sup> aún tuvieron arrestos para apoderarse en 1545 de una galeota y arribar a Mesina el 25 de junio de dicho año. Otro grupo, cuyos nombres ignoramos, logró hacerse con una nave y escapar en 1550. Gianmaria Malvezzi, embajador del rey Fernando de Austria ante el Gran Turco, se lo comunica a su soberano el 13 de abril en estos términos:

---

<sup>4</sup> Se conocen sus nombres: Juan Vizcaíno, Masquete, Serón, Luis de Haro y Machín de Monguía. De ellos se sabe que Luis de Haro fue hecho prisionero y que el virrey de Nápoles, don Pedro de Toledo, había pagado “hasta mil y quinientos ducados por lo de su rescate” (M. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *o. c.* 1999, p. 582, n. 24).

<sup>5</sup> La expresión es de fray Prudencio de Sandoval, *Crónica del emperador Carlos V*, edición, estudio preliminar de Carlos SECO, Biblioteca de Autores Españoles, vols. 79-82, Madrid, 1956, vol. 81, p. 80.

<sup>6</sup> Fueron: Luis de Godoy, castellano de Castilnovo, el capitán Juanes de Joya, el alférez Juan Millón, el sargento Salazar, Diego de Quiñones, Martín de Alarcón, Diego de Alarcón, Antonio de Quesada, Andronico de Spinosa, Domingo de Cádiz, Juan de Andujar, Francisco de Baeza, Juan de Illanes, Juan de Madrid, Juan Catalán, Jaime Mallorquín, Pedro de Tarragona y Hernán Carrillo. De resto sólo se conoce parcialmente el nombre: Feliche, Hurtado, Montilla, Andrés, Cabrera, Villagómez y Mendoza; cf. M. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *o. c.*, 1985, p. 41.

«Questa settimana sancta erano certi christiani n.o 18 o vinti schiavi del Sig.or Turcho a cavar pietre fora de una insula vicina qua a Constantino-poli, et essendogli venuto un certo navilietto, carico de victualia, se sonno alzati con el detto navilietto e se ne sonno fugiti in Christianità. Alchuni erano de li detti schiavi spagnoli et alchuni italiani et doi hongari. Da mezo giorno sonno passati con grande arte li castelli a Galipoli. Che Dio gli dia bon viaggio»<sup>7</sup>.

Que se trata de los prisioneros de Castilnovo, lo indica que Malvezzi se refiera a ellos como “li detti schiavi spagnoli”, es decir como a un grupo ya conocido por el destinatario de su misiva. En efecto, el 18 de enero de 1549 le notifica a Fernando:

«Sir, per elemosina et per necessità de servitù per il viaggio io ho reschatato sei spagnoli di quelli de Castel Nuovo a cinquanta ducati l'uno: el nome loro si è Paulo de Pignaluer, Pedro Dovard, Jovan de Villanova, Dionisio de Zeron, Francescho de Toledo et Jovan de Caravaca»<sup>8</sup>.

Todos ellos son nombrados por sus lugares de procedencia (excepto Zerón, que es apellido), lo que nos da a conocer que en el tercio de Francisco Sarmiento había gente de todos los lugares de España<sup>9</sup>, como se ve al transcribir los nombres correctamente al castellano: Pablo de Peñalver (localidad de Guadalajara), Pedro Doval y Juan de Vilanova, ambos probablemente gallegos, por no mencionar a Francisco de Toledo y a Juan de Caravaca (Murcia). Malvezzi poco después (26 de enero de 1549) vuelve a escribir: “Et per essermi stato necessario de acressere famiglia et non posendo trovar homeni fidati, io ho riscattato 7 spagnoli de Castel Novo”<sup>10</sup>. De no mediar un lapsus del veneciano, a su familia se había añadido un nuevo fámulo español, cuyo nombre no menciona. Lo que sí hace el 13 de abril de 1550<sup>11</sup>, al especificar que entre sus otros gastos figuraban los del rescate de:

<sup>7</sup> *Austro-Turcica 1541-1552. Diplomatiscche Akten des babsburgischen Gesandtschaftsverkehrs mit der Hoben Pforte im Zeitalter Süleymans des Prächtigen*. Bearbeitet von Srećko M. DŽAJA unter Mitarbeit von Günter WEISS. In Verbindung mit Mathias BERNATH herausgegeben von Karl NEHRING, München, R. Oldenbourg Verlag, 1995, doc. n.º. 160, p. 427.

<sup>8</sup> *Ibid.*, doc. 118, p. 341.

<sup>9</sup> En plena concordancia con las listas de las notas 4 y 6 donde figuran extremeños, navarros, castellanos, catalanes y mallorquines.

<sup>10</sup> *Ibid.*, doc. 120, p. 345.

<sup>11</sup> *Ibid.*, doc. 159, p. 425.

«alcuni soldati: 4 spagnoli, un italiano et un fiamingo de Anversa. Li spagnoli uno si è un Michele Sarmiento, qual fu preso in Bosia (Bugía), un Villafrancha, un Damiano Ochagna et un vigliatoro de Avila –li quali tre furno presi in Castel Novo».

Es decir: Miguel Sarmiento, un natural de Villafranca (a saber, Pedro de Villafranca), Damián de Ocaña, y un natural de Villatoro de Ávila. A este Pedro de Villafranca le envía desde Andrinópolis como correo suyo el 9 de febrero de 1551, notificándosele a Fernando de Habsburgo de esta guisa:

«El latore delle presente mie si è un Pedro Villa Francha, spagnolo navarro, el quale me ha servito più di doi anni fidelmente. Hora io lo mando con la presente expeditione indrizata allo ill.mo sig.or Conte de Salm, generale de V.ra Ser.ma M.tà, el qual Villafrancha restarà in Cristianita. Imperò io son obligato a suplicar V.ra Ser.ma M.tà che gratiosamente lo voglia haver per raccomandato, perché me ha servito fidelmente et bene».

Y en *post scriptum* del 10 añade: “Io ho avisato allo ill.mo sig.or Conte de Salm che per conto del viaggio non bisogna dar cosa alcuna al soprascritto Pedro de Villafrancha, perché io l’ho sodisfatto del tutto”.

Malvezzi, un veneciano avisado, acertaba la manera más adecuada de rescatar cautivos, especialmente los soldados rasos que por la exigua cantidad de 50 escudos (frente a los 1.500 que el virrey de Nápoles llevaba pagados por Luis de Haro<sup>12</sup>) se podían comprar y emplear como sirvientes al módico costo de lo comido por lo servido. Algo semejante propone el inteligente autor del *Viaje de Turquía* por boca de Pedro de Urdemalas, que no recata su enojo por la desatención de las autoridades españolas, civiles y religiosas, a los cautivos en Turquía. Preguntado por Mátalascallando “¿Ni del Papa ni de nadie nunca fue allá limosna de rescate?”, replica “Ni del que no tiene capa”. Y al añadir Juan Devoto a Dios “¿Y del rey?”, se extiende así:

«No, que yo sepa, porque si algunas había de aver hecho, había de ser en los soldados de Castilnobo, que después que en el mundo hai guerras nunca ubo más balerosa jente, ni que con más ánimo peleasen hasta la muerte, que tres mill y quinientos soldados españoles que allí se perdieron, lo qual aunque yo no lo vi sé de los mesmos turcos que me lo contaban, y lo tienen en cabezera de todas las hazañas que en sus tiempos ha havido».

---

<sup>12</sup> Cf. nota 4.

Requerido por Mátalascallando “¿Quánto tiempo ha eso de Castilnovo?”, en su contestación expone lo que a su juicio el monarca español debería hacer:

«Había quando yo estaba allá 17 años<sup>13</sup> y conocí muchos pobres españoles d'ellos que aún se estaban allí. Y sin poner blanca de su casa, podría el rrei rescatar todos los soldados que allá hai [...] Ya habéis oído cómo por antigüedad o porque quieren dan los turcos a algunos cristianos cartas de libertad con condiçión que sirvan tres años, quedándose por todos aquellos tres tan esclavo como antes y no menos contento, aunque no le dan de comer, que si ya estubiese en su tierra. ¡Quánto más merced le sería si el rrei los sacase y les quitase de cada paga un terçio, fasta que se quedase satisfecho de la deuda! Y haría otra cosa: que el esquadrón de mill hombres d'esta manera valdría sin mentir contra turcos tanto como un exército, como primero se consentirían hacer mill pedaços, que tornar a aquella primera vida»<sup>14</sup>.

La fama de la gesta de Castilnovo corría, pues, pareja con la reprobación de la conducta del rey de España con sus fieles y valerosos soldados. Manuel Fernández Álvarez pretende disculpar en cierto modo a Carlos V haciendo recaer la culpa de la desatención a los cautivos en los virreyes de Nápoles y Sicilia. En la “Relación de los cautivos de Castelnuovo que aún quedaban en Constantinopla”<sup>15</sup> que el alférez Juan Millón, uno de los fugados en 1545, hizo llegar a la cancillería imperial, el secretario de turno anota:

«Sobresto se ha scripto al Virrey de Sicilia. Y se le devría enviar este memorial para que entendiesse en el rescate, como lo requiere la honestidad y razón, y Su Majestad se lo tiene tantas vezes encargado».

El propio tenor de la apostilla pone de manifiesto cómo las diversas instancias políticas se iban pasando unas a otras la responsabilidad de intervenir, sin que ninguna se decidiese a gastar lo necesario para poner remedio a aquella bochornosa situación. Pero lo mismo que dicho documento menciona al virrey de Sicilia, podría haber mencionado al de Nápoles, don Pedro de Toledo, cuyo hijo don García, recorriendo la costa poco

<sup>13</sup> Esta indicación nos lleva a 1556, una fecha próxima a los rescates de Malvezzi.

<sup>14</sup> Ed. Marie-Sol Ortola, Castalia, Madrid, 2000, pp. 447-48.

<sup>15</sup> Archivo General de Simancas, Estado, leg. 1.036 Según dicho documento sólo tres españoles habían sido rescatados, cinco habían logrado fugarse y 195 seguían cautivos. Debo la referencia a M. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *o. c.*, 1985, p. 42.

después del suceso, pudo contemplar las ruinas de la fortaleza y los huesos de sus defensores esparcidos por la zona. Un espectáculo estremeedor que inspiró al poeta napolitano Luigi Tansillo que le acompañaba tres sentidos sonetos *In lode di quei tre mila soldati spagnoli, che furon morti da Turchi a Castel Nuovo della Bosna*, que figuran entre lo mejor de su producción poética. Influidido por el primero de ellos, que evocaba el espectáculo ofrecido por los huesos de los muertos ‘blanqueando’ en el terreno, Gutierrez de Cetina, que como diplomático no pudo evitar la catástrofe, supo como poeta honrar la memoria de aquellos soldados, componiendo también un soneto “A los huesos de los españoles muertos en Castelnuovo”.

Paradójicamente muy otro fue el trato que Carlos V dio al dueño y patrón del bajel que acudía en ayuda de Castilnovo, a quien me ha sido posible identificar gracias a una consulta de Felipe III al conde de Lemos, su virrey en Nápoles, que se conserva en el Archivo de la Casa de Alba<sup>16</sup>. El navío era propiedad de un noble de Corón, llamado Teodoro Pogliazzi, y lo llevaba su hijo Nicolao cargado de munición para socorrer a la guarnición sitiada. Apresado por el turco, Nicolao perdió la hacienda de su padre, el armador del buque, pero salvo la vida al arrojarlo al mar y alcanzar tierra a nado. La hazaña le valió la pensión vitalicia de cuarenta ducados al año, que su hijo Juan suplicaba seguir percibiendo nada menos que en 1599, cuando ya de los cautivos de Castilnovo no quedaba ninguno. He aquí el documento en cuestión:

«Ill(ustríssimo) Conde, primo n(uest)ro, Visorey lugarteniente y Capitán g(e)n(era)l/ Por parte de Juan Pogliazzi Griego me ha sido hecha relación q(ue) Thodoro y Nicolao Pogliazzi, su Abuelo, y padre, nobles de la Ciudad de Corón, perdieron toda su hazienda, y en particular el d(ic)ho Nicolao su padre. Lleuando un vaxel lleno de munición en socorro de Castilnouo, fue tomado de Turcos, y havié(n)dose él saluado a nado, se le hizo m(e)r(ce)d de cuarenta ducados al año, que gozó durante su vida/ supp(licán)dome que, huida consideración a esto y a q(ue) él se halla mal sano, stropeado de pies y manos, y con peso de muger, e hijos q(ue) sustentar, y mucha necesidad, fuesse seruido de mandar q(ue) se le continúe a él, y a sus hijos el pagamento de los d(ic)hos cuarenta ducados para ayuda a su sustento. Y porq(ue) antes de resolver este particular os lo he querido comunicar, por ende os encargo y mando q(ue), informado de los seruicios y méritos q(ue) el supp(lican)te refiere, y si es assí q(ue) gozaua su padre de los d(ic)hos cuarenta ducados al año por la razón q(ue) dize, y de la necesidad en q(ue)

---

<sup>16</sup> C, 12-1, F III.



se halla, me auiséys de lo que en todo se hallare, junto con v(uest)ro parecer sobre su pretensión, à fin que, entendido todo, se pueda tomar en ello la resolución q(ue) se juzgare más convenir [...] Cariñena a 9 de Sept(iem)bre, 1599».

*A tergo:* Al Ill(ustrissi)mo Conde de Lemos, primo n(uest)ro, Visorrey lugart(enient)e y Cap(it)án g(e)n(era)l de Reyno de Nápoles.

Ignoramos si el suplicante consiguió lo que pedía, pero es muy probable que así fuera. La calidad de su persona, noble arruinado de Corón, y la hazaña de su padre le hacían acreedor a heredar una pensión del monarca. En cambio, para rescatar a los soldados que lucharon con denuedo por su rey, las arcas reales estaban vacías. Así eran las cosas en el *ancien régime*.

Luis Gil

*Facultad de Filología A 303  
Ciudad Universitaria  
28040 Madrid  
luisgilfer@hotmail.com*

